

Eulalia Pérez Sedeño y Rebeca Ibáñez Martín (eds.), *Cuerpos y diferencias*. Madrid, Plaza y Valdés (Colección Calíope), 2012.

El estudio del cuerpo ha cobrado fuerza en las ciencias sociales en las últimas décadas. El cuerpo, el primer y último lugar que habitamos los seres humanos, había sido olvidado o negado desde la mayoría de disciplinas científicas, probablemente por influencia de los paradigmas dualistas cuerpo/mente que han imperado en la cultura occidental. Sin embargo, y gracias a las aportaciones de epistemologías como la feminista, el cuerpo ha sido rescatado de su invisibilidad y hoy forma parte de las preocupaciones de teorías y enfoques científicos que lo han situado en el centro de sus intereses. Además, hoy el cuerpo exige una pluralidad de miradas para hablar no sólo de un cuerpo, sino de muchos, cuerpos diversos que habitan distintos territorios y desde los que se construye la experiencia y la subjetividad de los individuos. Cuerpos también desde los que (re)vindican derechos y ejercicios de autodeterminación y sobre los que diferentes sistemas (políticos, sociales, legales, médicos) han ejercido control, presión o dominio a lo largo de la historia. Cuerpos, al fin, en los que se encarna la vida y sobre los que es obligado pensar como intelectuales porque, como ya nos enseñó Michel Foucault, se trata de un cuerpo-poder que interrelaciona con otros cuerpos en un campo político, cuerpo objeto y sujeto al mismo tiempo. Porque, al fin, todos y todas somos cuerpos, y con esos cuerpos habitamos y recorreremos el mundo.

La obra recién publicada por Plaza y Valdés pone en relación ese cuerpo con el pensamiento sobre Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS), un paradigma crítico interesado con los efectos sociales, culturales y éticos de la ciencia y la tecnología. El objeto de análisis de los diferentes artículos que componen el volumen parte de la definición de «cuerpo múltiple», esto es, de los diversos «cuerpos producidos y *performados* por las prácticas biomédicas» (p. 12) como son las tecnologías reproductivas, terapéuticas o reparadoras entre otras. En este sentido, la obra se interesa no tanto por el cuerpo que los individuos poseen, sino por el que «construyen» en su

relación con prácticas, tecnologías y discursos. El volumen editado por Eulalia Pérez Sedeño y Rebeca Ibáñez Martín se divide en tres apartados, en los que se articulan las tres grandes líneas de reflexión que contiene, además de un epílogo de carácter más epistemológico, escrito por la prestigiosa filósofa Helen Longino.

Sobre el primero de los apartados («Los cuerpos como objetos de la investigación biomédica») los artículos dedicados a la relación entre biomedicina y cuerpo ponen sobre la mesa un ámbito de análisis apasionante pero poco conocido: el papel que juegan ciertas normas sociales en las tecnologías de reproducción asistida. Lucía Ariza, en su artículo, señala cuestiones de amplio alcance sobre la vinculación familiar y afectiva de estas prácticas, como la coordinación fenotípica, temática probablemente inédita para el público común pero que es parte intrínseca de esos procesos y que viene a demostrar que «la naturaleza es construida» y son los dispositivos tecnocientíficos los que «producen» esa naturaleza (p. 35). Se trata, en suma, de un dispositivo material y semiótico en el que operan «líneas de normatividad acerca de qué apariencia deben tener los/as niños/as nacidos de padres infértiles» (p. 51). Similar interés recorre el trabajo empírico de Sven Bergmann, autor al que interesan los foros de Internet como lugar de interacción e intercambio de información para quienes deciden utilizar donaciones de material genético, unos pacientes generalmente transfronterizos que «imaginan y mapean la diversidad fenotípica» (p. 57), es decir, que eligen países determinados para emprender procesos de fertilización con donantes en función de sus preferencias corporales. Este «turismo de fertilidad» pondera cuidadosamente los rasgos físicos, rasgos que se negocian como sustancia, disociados del cuerpo original, y que se explican por cierta obsesión por la semejanza pero también por el deseo de mantener la donación en el anonimato (p. 63). El texto de Silvia Tubert, por su parte, reflexiona sobre la medicalización de la maternidad en estas técnicas, partiendo de la idea de que, en la sociedad patriarcal, «la mujer que no es madre perturba, en cierto modo, el orden establecido», de manera que la ciencia y la tecnología se hacen eco de «prácticas discursivas que identifican la fe-

minidad con la maternidad» (p. 85). Para Tubert, las nuevas tecnologías reproductivas representan la culminación de un proceso de medicalización que se concreta en una fragmentación infinita (especialmente del cuerpo femenino), en un poder-saber que define el cuerpo infértil como fallo de la naturaleza (que la ciencia puede remediar a modo de milagro) y en la identificación radical de maternidad biológica con el modelo ideal. El artículo que cierra este apartado, de Stella Villarme y Francisca Fernández Guillén, se dedica al nacimiento como tema filosófico, siendo su principal preocupación la delimitación de las mujeres embarazadas como sujetos de derecho, cuestión de máxima actualidad desde movimientos ciudadanos como «El parto es nuestro» desde los que se reclama la «humanización» del parto en las sociedades avanzadas (p. 115).

La segunda parte del volumen («El cuerpo que se hace») se abre con un artículo de Eulalia Pérez Sedeño, desde el que se aborda la compleja temática de la cirugía estética. La autora analiza la evolución de la práctica de los implantes mamarios que, como otras tecnologías que operan sobre los cuerpos femeninos, se practican sin ensayos previos en animales y sin seguimientos continuados (p. 134). Tras un recorrido por su historia, la autora también se detiene en la cuestión de la motivación de las usuarias y del papel del mercado y el patriarcado en el proceso, de ahí que el texto concluya definiendo estas tecnologías como una forma de control corporal con un resultado problemático: «deseo de homogeneidad, racista, clasista y androcéntrica» (p. 150). Annemarie Mol y John Law, por su parte, exponen un trabajo empírico sobre el tratamiento de la hipoglucemia en el que les interesa escapar de la dicotomía «tenemos y somos un cuerpo» para pensar que también «hacemos (nuestros) cuerpos», es decir, privilegiar la «acción sobre el conocimiento» (p. 156). Similar enfoque es el que ofrece Ana Toledo Chávarri respecto de la enfermedad celíaca, quien recoge el concepto de «ciudadanía biológica» para observar cómo lo genético se ha transformado en una fuente de explicación para entender las diferencias humanas que a su vez pueden influir en las demandas sanitarias (p. 181). Es decir, esta nueva ciudadanía implica «la lucha por las políticas del cuerpo

y de la identidad» (p. 190). Sobre el concepto de «paciente informado» reflexiona el artículo de Rebeca Ibáñez Martín y Pablo Santoro. Para ello, ofrecen un análisis sobre dos procesos muy actuales: el almacenamiento de células troncales de cordón umbilical y los alimentos funcionales. El resultado más interesante de su trabajo es, probablemente, detectar cómo las personas recurren a sus relaciones personales y familiares y otras fuentes de «conocimiento experiencial» para tomar decisiones, también influidas por el marketing y otros factores culturales, cuestiones que no son tenidas en cuenta desde el paradigma actual de «paciente informado» (p. 210). Por último, Silvia García Dauder y Carmen Romero Bachiller ofrecen un recorrido por los desplazamientos de la nomenclatura médica relacionada con las personas intersexuales y sus efectos políticos. Las autoras señalan cómo los movimientos sociales están influyendo en las prácticas científicas al mismo tiempo que revelan la complejidad y heterogeneidad de algunos grupos humanos que se habían definido desde identidades monolíticas (p. 231).

La tercera parte del volumen («Espacios liminales de la feminidad») comienza con un trabajo de Olga Bustos Romero sobre el canon estético y los trastornos alimentarios, que la autora analiza a través de los medios de comunicación y su difusión de la cultura de la extrema delgadez. Los resultados de su trabajo de campo demuestran que en la actualidad se somete al cuerpo a formas de vigilancia más sofisticadas que las antiguas, formas de presión que hacen necesario profundizar en instrumentos como los observatorios o los reglamentos específicos (p. 256). El mismo tema le interesa a María González Aguado pero añadiendo la variable raza. Su texto demuestra que los prejuicios que operan sobre las mujeres de color se deslizan a la propia definición, valoración y estudio de los trastornos alimentarios en ese grupo de mujeres, pues a ellas no se las considera en riesgo de padecerlos (p. 268). Por su parte, Iván Sambade Baquerín ofrece una reflexión de tipo teórico sobre medios de comunicación y corporeidad masculina. Según el autor, dos son los únicos modelos que se pueden encontrar: el actor en la esfera pública y el héroe guerrero, mientras que las mujeres

aparecen como seres débiles y dependientes de éstos (p. 275). Ello es, al final, la definición del varón como sujeto de poder (p. 277) y por tanto la perpetuación de la discriminación. Este tercer apartado se cierra con dos relatos cortos de la escritora Valerie Miner, dedicados al cuerpo y algunas prácticas que lo moldean.

Cuerpos y diferencias constituye un nuevo acercamiento a la definición contemporánea de los cuerpos y su relación con las tecnologías y la ciencia, un trabajo que ofrece respuestas a preguntas sobre la creación cultural de los cuerpos y sobre el significado de prácticas complejas que

no pueden entenderse sino desde las diferentes subjetividades de los individuos. Asimismo, el texto provee nuevas preguntas y hace inviable pensar las tecnologías como instrumentos carentes de ideología o neutrales. Los cuerpos se habitan y se construyen por lo que todas sus relaciones, también las que se establecen con la ciencia, son simbólicas y políticas porque son relaciones de poder. *Cuerpos y diferencias* nos ofrece una cartografía para explorarlos.

María Isabel MENÉNDEZ MENÉNDEZ
Universidad de Burgos